



Una historia enredada

Nudo I: *Excelsior*

Lewis Carroll

Como muestra de que las facetas de la personalidad de Dodgson y Carroll se entrecruzaban continuamente, presentamos dos textos en los que la firma de uno delata la influencia del otro: el primer enigma matemático de un relato que el narrador Carroll publicó en entregas, y el prólogo que anuncia el carácter juguetón de un libro en el que el reverendo Dodgson aboga por la permanencia de Euclides en los planes de estudio

Duende, guíalos para arriba y para abajo¹

EL RUBOR DEL OCASO DEJABA YA LUGAR a las siniestras sombras de la noche; aún era posible observar a dos viajeros que rápidamente —a seis millas por hora— descendían por la áspera ladera de una colina. El más joven de ellos saltaba de un peñasco a otro con la agilidad de un cervatillo, mientras que su compañero, cuyos miembros añejos se mostraban incómodos en la armadura de malla que solían vestir los turistas de la comarca, se esforzaba penosamente a su lado.

¹ *Sueño de una noche de verano*, acto III, escena II. [N. del t.]

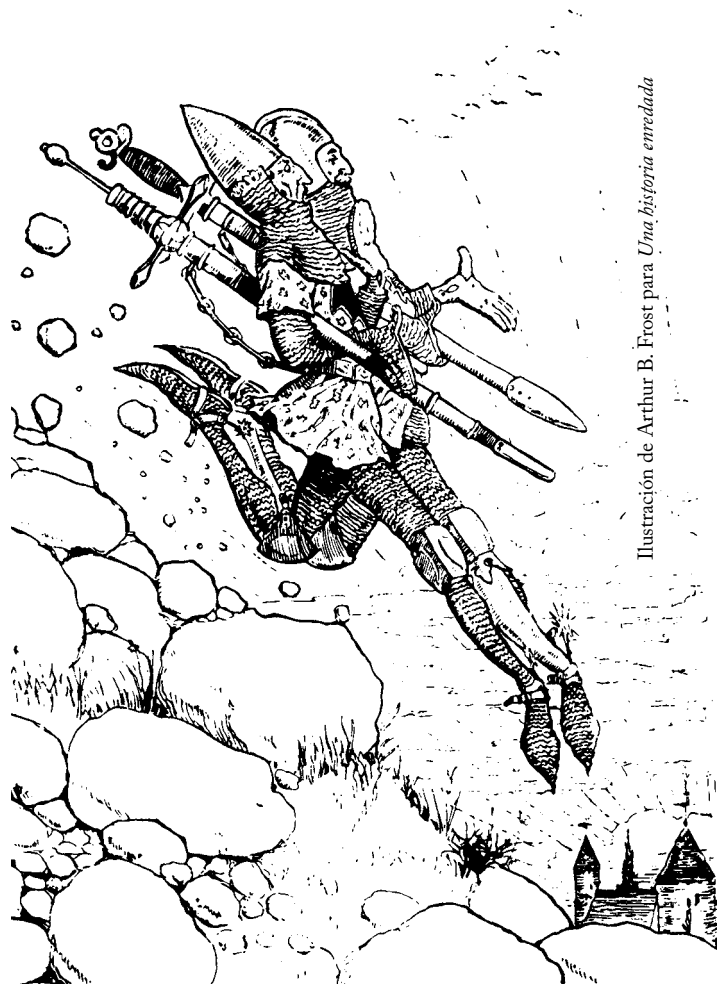


Ilustración de Arthur B. Frost para *Una historia enredada*

Como suele suceder en dichas circunstancias, el más joven de los caballeros fue el primero en quebrantar el silencio. “¡Vamos a buen paso!”, exclamó. “¡No íbamos tan rápido cuando subíamos la colina!”

“¡Muy buen paso!”, respondió el otro con un gruñido. “Subíamos apenas a tres millas por hora”.

“Y en el terreno raso íbamos a...”, sugirió el joven, que era malo para la estadística y confiaba todos esos detalles a su colega mayor.

“Cuatro millas por hora”, dijo el otro, cansado. “Ni una onza más”, añadió, con ese amor por la metáfora que caracteriza a la edad vetusta, “ni un penique menos”.

“Eran las tres de la tarde cuando salimos del hostel”, dijo el joven, pensativo. “Apenas llegaremos a la hora de cenar. ¡Quizás el hostelero se niegue a servirnos!”

“Nos reñirá por llegar tarde”, fue la dura respuesta, “y habremos de tragar su reprimenda”.

“¡Gran juego de palabras!”, gritó el joven, riendo alegremente. “Y si le pedimos algo más de comer, ¡puesto a que nos dará calabazas!”

“Tendremos a la postre lo que merecemos”, dijo el mayor, que nunca había gozado de un chiste en su vida, y estaba algo molesto con la ligereza inoportuna de su compañero. “Serán las nueve”, dijo en voz baja, “cuando lleguemos a la hostería. ¡Habremos fatigado hoy tantas millas!”

“¿Cuántas? ¿Cuántas?”, clamó el joven entusiasta, siempre ávido de aprender.

El viejo no respondía.

“Dime”, contestó finalmente, tras un momento de cavilación, “¿qué hora era cuando llegamos a la cima? ¡No me lo tienes que decir con minutos y segundos!”, añadió de inmediato, cuando adivinó la protesta en el rostro del joven. “¡Lo único que te pido es que no te equivoques por más de media hora! Y entonces te diré, al dedillo, cuánto hemos andado entre las tres y las nueve.”

El joven sólo contestó con un quejido, mientras sus rasgos convulsos y las arrugas profundas que se perseguían mutuamente en su frente varonil delataban el abismo de agonía aritmética en que lo había sumido una pregunta casual. ▀

PROBLEMA: Dos viajeros caminan de las tres a las nueve por un sendero plano (a cuatro millas por hora), luego cuesta arriba (a tres), y finalmente cuesta abajo (a seis). Hallar la distancia que anduvieron y (con un margen de error de media hora) la hora a la que llegaron a la cima de la colina.

SOLUCIÓN: 24 millas; a las 6:30.

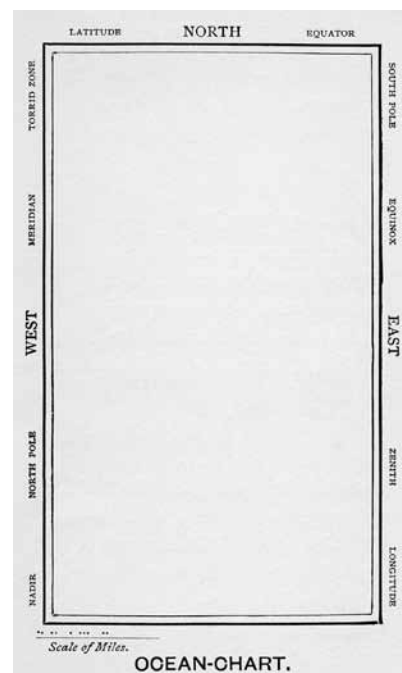


Ilustración de Henry Holiday para *La caza del snark*

A Tangled Tale (primera entrega en *The Monthly Packet*: 1880; primera edición como libro: 1885). Traducción de Pablo Martínez Lozada.